

Desde los días en que Rafael Tapia y Susana Bedoya me hablaron por primera vez de una mesa redonda sobre «Lo cholo en el Perú», ha corrido agua bajo el viejo puente del Rímac. Hoy, estamos a seis meses de ese inicio, la primitiva mesa redonda se ha vuelto un coloquio interminable, varias jornadas cada mes (un tanto ha sido mi idea, la verdad sea dicha) y con ellas y César Ramos y Gonzalo Portocarrero, nos aprestamos, todos, a reunir textos grabados, filmados y audio en una primera publicación. Pero no es eso solo, será algo más que una mera edición, que un recojo.

Meditación inacabada

SOBRE LO CHOLO COMO AUTONOMÍA CULTURAL EMERGENTE

Hugo Neira

En sus inicios era un convocatoria concreta, unas mesas redondas entre especialistas. Y transcurría en el ámbito del Congreso de la República. Corrían los últimos días del gobierno de Alejandro Toledo. Luego vino el cambio de gobierno, otro Congreso, mi nombramiento en la Biblioteca Nacional, Rafael, que deja de ser director de ediciones (acaba de volver, y me alegro) y las reconfiguraciones del caso. En el camino fue un acierto no reducir la convocatoria. En el camino fue un acierto mayor todavía no limitarse a mesas de especialistas sino de actores. Llamo por tal a que para hablar de música chola viniera al Auditorio de la Biblioteca, sede San Borja, en el pasado octubre, por ejemplo, Laurita Pacheco, «reina del arpa peruana». Y Wilfredo Hurtado, Santiago Alfaro, Guillermo Nugent. Y que el coloquio sobre fotografía chola lo presidiera, con sus esplendores veinte años, Magali Solier, la actriz revelación de *Madeinusa*.

Algo de todo esto volvió a ocurrir en los meses sucesivos. En noviembre, el tema estrella fue «la arquitectura espontánea», se llame chola o chicha (hay chichólogos que ya opinan). Y vino a la sede de San Borja a explicar sus hallazgos, Esteban Cabrera, el de la experiencia Unicachi. Y Jorge Burga, Juan Tokeshi, David Pezo, Octavio Chuquiruna y Mario Zolezzi. Abajo, en nuestras

galerías, colocaban por esas semanas sus obras los de Vía Viento, Extra Vírgenes, El

Codo, Proyecto Bendayán, Martín Olivos, Sarita Cartonera.

Para la moda, que se tituló como mesa de debates «De Gamarra al mundo»,

hablaron los que cortan telas y diseñan y venden en el extranjero, Diógenes Alva, José Miguel Valdivia, Maritza Mendoza, Susan Humala, Olga Engelman y Mabel Barreto. Es cierto que en diciembre el Coloquio del Cholo y sus mesas de debate y el foro del público (la entrada es libre) cobró por un instante un aire más convencional, casi académico. Vinieron José Matos Mar y Félix Guillén, hablaron de «la primera Lima chola y sus cinco cerros». Pero como en los días siguientes se tuvo el tino de tratar de Humareda y su choledad, escapamos de la rutina. En la nocturnidad de Humareda se lucieron Eloy Jaúregui y Pedro Pablo Ccopa. Presidía Alberto Quintanilla. En enero, aprovechamos que Francisco Durand estaba de paso por Lima, profesor que es en los Estados Unidos, y disertó sobre «cholos y empresarios emergentes». En febrero el coloquio volvió a ser lo que es, vale decir, donde se habla no tanto sobre las culturas emergentes sino desde los géneros populares mismos. Nuevos rituales cholos, las visiones amorosas de la choledad poblaron con cuadros y su estética masiva y distinta a la acostumbrada nuestras galerías. En el trato de lo sexual y lo prohibido (incluso de lo que no se habla, de los burdeles populares) hubo franqueza y desenfado. De Huatica a Las Cucardas dejó escuchar a Eduardo Arroyo, Eloy ➤



Puente de los Suspiros. Barranco, febrero de 1984.

➔ Jaúregui, Roberto Prieto. Presidió y comentó Jorge Vega «Veguita» (que fue mi compañero de aula, en la escuela primaria fiscal, el 429 de Lince. Así es la vida) Del Cinco y medio «al Cincomentarios», Pedro Pablo Ccopa, Marco Avilés y Javier Arévalo.

¿De qué se trata? No hemos definido al cholo y la choledad, no. Aunque no han faltado las sesudas intervenciones de Gustavo Buntix, Ramón Mujica y Gonzalo Portocarrero. No ha sido una serie de reuniones de intelectuales, aunque no es un mal si así lo hubiese sido. No hemos convocado a quienes son los especialistas del movimiento multicultural sino al movimiento multicultural mismo en la persona de sus creadores directos, desde músicos a plásticos, fotógrafos a narradores. A la gente de la praxis y no de la teoría cultural.

¿Podríamos ponernos a definir? Sin duda que sí, pero, para comenzar, definir es limitar. La definición establece y a la vez ciega. Nuestros invitados, en cambio, han pasado de la acción a la dicción (no todos, algunos son maestros en las retóricas universitarias y las comerciales). Pero discurrir es fluir, discurrir es transcurrir, es concurrir. Como recorrer el enigma sobre algunas de las actividades que, sin embargo, están delante nuestro, pueblan nuestras calles y mercados. Yo sé que vendrá la hora de la reflexión, de la necesaria síntesis ante la extraordinaria heterogeneidad de las culturas populares a las que hemos convocado, escuchado, grabado y registrado. Pero cuando esa hora llegue estoy seguro de que en nuestras mentes aparecerán con más claridad las conexiones que no podíamos «a priori» establecer en ese orden, al parecer caótico, de objetos diversos (plástica chola, casas, comidas, maneras, sensibilidades) y la manera como toda esa enorme actividad espontánea de la producción artística emergente se vincula con el mercado del arte, con las tendencias del gusto, con las clases y la edu-



Azotea del Hotel Lima. Setiembre, 1982.

cación populares, con los espacios de la ciudad.

Muchas veces en estos meses, tras leer uno de los textos desgrabados (no asistiendo a todas las mesas y sesiones) o escuchando desde el fondo de una butaca como cualquier hijo de vecino (detesto quedarme en el escenario como un director totem) me he preguntado qué son esas «culturas híbridas», para usar una categoría puesta en circulación por Nestor García Canclini, y nada lejos de la realidad. ¿Qué es esa heterogeneidad con memorias y prácticas diversas y desiguales que dan forma a la múltiple e innovadora convivencia de la modernidad y la tradición que se constituye ante nuestros ojos y oídos, a ese cruce inesperado, ambivalente de lo popular y lo masivo emergente? Eso no es una vanguardia. Tampoco la reproducción cansina del viejo artesanado. Ni lo transnacional sin aduana. Tiene o tienen a veces algo de melodrama porque son artistas o

creadores abandonados a su suerte, otro poco de protesta, de rabia y de humor corrosivo, de estrategia por entrar al mercado o para salirse de este por completo, del todo.

Cuando arrancó el coloquio en la Biblioteca, hice dos cosas que sé hacer. Por un lado, abrir un foro para que hablen directamente los actores, es la práctica acaso de la sociología la que invita a ese gesto, hacia una neutralidad axiológica para que se objetiven los hechos y personajes antes de enhebrarlos en algún «tipo ideal» a lo Weber. Lo segundo fue expresar mi perplejidad. Sé hacer afiches, eso también sé y en uno de ellos expresé la suma de mis hipótesis bajo la forma de cuestiones. «¿Qué es lo cholo? ¿Un espacio urbano? ¿Un lenguaje, en esta ciudad en donde las cosas se pueden decir de diversas maneras? ¿Una clase, individuos, un híbrido estratificado, un puesto de comercio, una combi, una fiesta?». En un país donde hay

tanto cinismo y mentira, nos preguntamos por ese proyecto, o proyectos, que luchan por su supervivencia. Por los derrotados que resulta que no lo son. Empresarios populares con éxito. La moda de Gamarra. Oralidad. Humor y obscenidad. ¿Qué es lo cholo? Testimonios. Es multiplicidad que valida lenguajes distintos en el cine, el teatro, la pintura. En la comida. En la televisión. Con estos temas, y por varios meses, vamos hacia el centro de nuestra propia sangre.

Ernst Junger, a sus 95 años, recuerda el filósofo español Fernando Castro, podía afirmar sin temor de equivocarse que «nos encontramos los unos y los otros en las encrucijadas».

Es tiempo de decir en qué consiste este cruce de caminos. Es una vasta encuesta y reflexión sobre el área de la cultura (o las culturas del Perú). Es la necesidad de reelaborar el concepto mismo de cultura popular. El mismo García Canclini seña-

la que los estudios que nos preceden han sido esclavos de una versión clasista de lo popular, por una parte, y por la otra, de una reflexión desde categorías como lo hegemónico y lo subalterno. Si lo primero es el error epistemológico de los post o neomarxistas, el segundo es el de la corriente pegada a la influencia norteamericana tan dada a los estudios «subalternos». Hay que abandonar, visto lo que estamos cosechando, las posturas reproductivas o gramscianas, o las románticas. Por estas últimas quiero entender a los que ven al «pueblo» como un solo ente homogéneo, un bloque social de explotados al que hay que liberar. Claro que hay que liberar, pero hay que notar la manera como ellos mismos se traban y se desatan, como sus culturas tradicionales no son ni paradigmáticas ni estáticas. Pero no me refiero a lo que ocurre en las fiestas rurales, en el campo, la escena del cambio se ha trasladado a las ciudades.

No, la heterogeneidad de lo que se exhibe en las modalidades de la choledad cultural no repite o reproduce, modifica. La categorización de subalternidad es propia de sociedades postindustriales donde se vive el peso enorme de la industria cultural a la manera como lo entendieron los maestros alemanes de la escuela de Francfort, es decir, Théodor W. Adorno y Max Horkheimer. No es que su pesimismo sobre la cultura bajo el capitalismo de nuestro tiempo fuese errado, al contrario. Pero no es nuestro caso. No nos hundimos bajo el peso de la industria cultural de masas. Este es un país donde se cierran cines. Las alienaciones van por otro camino. En el entretreído de estructura económica, campo cultural y movimientos sociales salvajes, algo está pasando. Por unos aspectos se avanza, por otros, se retrocede visiblemente. Quien no ha sentido que la globalización no nos iba, en ciertos aspectos, a descivilizar, o es un entusiasta ingenuo o un cómplice de la errancia de gustos y de

“Los antropólogos tienden más bien a abandonar la idea de encontrar ‘un cosmos tribal coherente’, un sistema integrado de discurso, y prefieren hoy el viejo concepto de etnia, el de ‘châines de société’ que estructuran espacios más complejos, espacios de mercados, encadenamientos singulares, monetarios, religiosos, mundos superpuestos sin necesariamente coincidir. La colonización y la colonialidad, que no es lo mismo, complica sin duda las cosas, al añadir la heteroculturalidad que ahora viene con enorme fuerza desde la aldea global”.

masas que no se han hecho más cultas con el consumo, al contrario. Leen menos, se cultivan menos, militan políticamente nada.

Y sin embargo, lo cholo que convocamos se abre como un abanico formidable de nuevos sentidos, es archipiélago de anticipaciones. No hay en sus creadores una visión holística del mundo, ni debe haberlo en sus espectadores. Algo enorme se desplaza y reptas tras ese lujo de singularidades que recuerda tanto al barroco.

Por el momento, anoto algunas de mis intuiciones, en espera de revisar el conjunto de esas contribuciones y decir algo sobre si constituyen o no un sistema. La primera es que es hora de comenzar a reflexionar sobre el método, acaso tras una forma pluridisciplinaria. La segunda, es que estamos ante un desafío, el de la complejidad, en el sentido que lo entienden Edgar Morin y Georges Balandier, y tal vez necesitamos de otro paradigma para acercarnos a esta realidad de lo cultural que requiere no sólo que se le piense (creo que es más importante el tramado cultural que la base económica o el tema institucional) sino modificar nuestra forma misma de pensar lo social. A ese «otro» que está cerca y sigue siendo un otro. La tercera es la necesidad de evitar la ilusión identitaria, esa comodidad de buscar esencias únicas nacionales o étnicas, trascendentes e inamovibles. Ahistóricas.

Pero hay un esfuerzo mayor que hacer. Mi última hipótesis es riesgosa, me explico. Hay un razonamiento cultural que da por sentado la correspondencia entre una comunidad política —para el caso la peruana— y una coherencia cultural, digamos andina, por lo general predeterminante —tal es creencia de muchos— a partir de un basamento original o hereditario. Una versión sudamericana y bastante quietista y amenazante, por sus derivas etnopolíticas, del «Volkgeist» de los alemanes de principios del siglo XX, lo que los llevó al nazismo.



Mesa de noche del cuarto 283 del Hotel Lima, marzo, 1982.

La empiria histórica nos muestra, en cambio, cómo Estados sólidamente constituidos, algunos de ellos tardíamente (Japón, como modernidad, apenas a fines del XIX), China y las naciones del Este europeo, lo hicieron a despecho de nacionalismos etnolingüísticos permanentes, pero no por ello han dejado de entrar en la modernidad política, y no a favor de una identidad única sino portando consigo

varias. En algunos casos, cierto es, nación y cultura coinciden, pero esa no es la regla general. Al contrario, la antropología política proporciona muchos casos de sociedades indefinidas, de civilizaciones sincréticas, de configuraciones inacabadas, pienso en el Mediterráneo, el Caribe, la encrucijada llamada Bali.

Los antropólogos tienden más bien a abandonar la idea de encontrar «un cos-

mos tribal coherente», un sistema integrado de discurso, y prefieren hoy el viejo concepto de etnia, el de «chaînes de société» que estructuran espacios más complejos, espacios de mercados, encadenamientos singulares, monetarios, religiosos, mundos superpuestos sin necesariamente coincidir. La colonización y la colonialidad, que no es lo mismo, complica sin duda las cosas, al añadir la heteroculturalidad que aho-

“Por unos aspectos se avanza, por otros, se retrocede visiblemente.

Quien no ha sentido que la globalización no nos iba, en ciertos aspectos, a descivilizar, o es un entusiasta ingenuo o un cómplice de la errancia de gustos y de masas que no se han hecho más cultas con el consumo, al contrario. Leen menos, se cultivan menos, militan políticamente nada”.

ra viene con enorme fuerza desde la aldea global. Pero mi hipótesis es que lo que llamamos Perú está alimentado de varias matrices culturales, todas ellas vitales, indias o europeas o africanas o asiáticas, todas antagónicas. Somos un bello ejemplo de disparidad, y cuando nos fatiga ese conflicto que es fuente de creatividad, se cae en la tentación del cosmopolitismo, por lo general es el reflejo de las clases dominantes, o del encerramiento, la «clôture culturelle». Ambas llevan a la esterilidad.

Por lo demás, los grandes fracasos nos podrían ilustrar en qué es lo que no debemos hacer. Cuando triunfaron las estrategias identitarias, acabaron en la derrota del nacional-socialismo. Cuando se intentó un culturalismo forzado con el pretexto del internacionalismo proletario, el resultado fue un imperio soviético incapaz de competir con el imperio americano en el campo decisivo del imaginario popular. Aunque parezca exageración o mentira, todavía en la esfera cultural contamos con los partidarios retardatarios de la identidad y, por otro lado, los del manejo de masas, y así, cierta capacidad peruana de ponerse como al margen de la historia. Y no tomar en serio las desgracias ajenas hasta que sean plaga y dolor entre nosotros mismos. Autismo le llamaría alguno. Dicen que sufrimos de déficit de autoestima. Acaso ocurra lo contrario, la incapacidad de dudar, y en consecuencia observar fuera de nosotros mismos, en otros casos nacionales, otros espacios e historias, esas analogías fecundas que nuestro caso guarda con otros casos. No solo con otras naciones sino con otras civilizaciones. Y esta es la última paradoja que propongo. No sé si llegaremos a ser una nación. Ni cuándo construiremos el Estado moderno de derecho. Pero sí creo que somos una civilización, de ahí el carácter asimétrico y complejo de casi todos nuestros problemas. ■

LIBROS & ARTES

No.18-19

Revista de cultura de la Biblioteca Nacional del Perú

Abril 2007



Víctor Humareda. Foto de Herman Schwarz, interesada por Enrique Páez

VÍCTOR HUMAREDA: LA LIMONADA DEL MAESTRO

- MARCO MARTOS ■ RODOLFO HINOSTROZA ■ PETER ELMORE ■ MIGUEL GUTIÉRREZ
- HUGO NEIRA ■ HERMAN SCHWARZ ■ MIGUEL IDELFONSO ■ CARLOS MONSIVÁIS
- JOSÉ DE PIÉROLA ■ MANUEL ACOSTA OJEDA ■ GEORGE STEINER